



R.I.C. R.I.C.

que el régimen de Franco encontrara serias resistencias iniciales para ser admitido en la UNESCO y que en los fines mismos de la ITI figurara la promoción de publicaciones y la periódica celebración de congresos internacionales, contribuía a reforzar esta quimérica esperanza.

Unos cuantos carnets enviados a las gentes que intervenían en la vida teatral española fueron el primer paso. Pero, casi de inmediato, surgió la contradicción entre la realidad y nuestra teoría. Porque resultaba que, de un modo automático, la presidencia del ITI se atribuía al mismo director general de Cinematografía y Teatro, viniendo a ser el domicilio del centro el Ministerio de Información y Turismo. ¿Cómo iba, en estas condiciones, a cumplir su función? El centro no podía ser, bajo tales supuestos, sino una prolongación más, absolutamente innecesaria, de la Administración.

El hecho de que, paralelamente, se pusieran toda clase de obstáculos, hasta llegar a la clausura de sus locales, al Club de Amigos de la Unesco era la evidencia de que el Gobierno español de la época pagaba su cuota a la organización internacional, entre otras cosas, para ser su único representante. Si Albert Camús abandonó su puesto en la UNESCO cuando se admitió al régimen de Franco entre sus miembros, fue precisamente por eso, porque sabía que con ello se sancionaba el derecho de ese régimen a representar internacionalmente nuestra cultura.

Oficializado el centro español del ITI —que se limitó, durante años, a celebrar el Día Mundial del Teatro y a distribuir el correspondiente mensaje de la personalidad elegida al efecto—, su vida llegó a ser absolutamente inoperante. Hasta que, hace algún tiempo, se intentó relanzar-

lo, coincidiendo con la voluntad de celebrar anualmente en Madrid un gran festival internacional de teatro, al modo de los que existen en otras capitales del mundo. El presidente del centro ya no fue el director general de Teatro. Se nombró a don Joaquín Calvo Sotelo y se plantearon las consabidas conversaciones, paralelas al festival internacional, y dedicadas a una serie de temas generales que contrastaban con la tensión de las cuestiones inmediatas. De las que, por cierto, fue su expresión la detención de una actriz y el consecuente movimiento de solidaridad que casi da al traste con las conversaciones. Pronto quedó claro que tampoco esa nueva concepción del ITI podía aglutinar a los hombres del teatro español. Ni podía, ni, evidentemente, quería. Porque el primer paso obligado para conseguir ese objetivo hubiera sido una elección democrática —o siquiera referendada— del equipo gestor, y eso, en los tiempos que corrían, hubiera sido tanto como legalizar una incómoda plataforma crítica. Así que el ITI volvió a limitarse a participar, sin resonancia ni utilidad alguna en el interior, en los congresos internacionales, y a conmemorar, de un modo puramente rutinario, el Día Mundial del Teatro. Porque incluso la idea de los festivales internacionales, tras un par de ediciones, habían derivado en "especialidades" —de mimo, por ejemplo— que pudieran alejar toda idea de conflicto para acentuar, en cambio, la de singularidad del lenguaje...

Es evidente que esta situación no puede continuar. Cuando una visita, por ejemplo, el centro del ITI en Nueva York, descubre de inmediato la utilidad y el sentido de su existencia. A lo largo de mis años de director de "Primer Acto" y de crítico de TRIUNFO

he recibido centenares de cartas solicitando apoyos e informaciones que debió facilitar, en muchas mejores condiciones, el centro español del ITI. Durante años y años, los grupos independientes y las compañías profesionales han carecido del vehículo de comunicación internacional que debía ser el centro. El mundo, Europa, ha estado así —como correspondía a la ideología del régimen— aún más lejos...

Jean Darcante, el secretario general del ITI, ha manifestado muchas veces su discrepancia con la marcha del centro español. Lo ha hecho discretamente, porque, a fin de cuentas, el citado centro era un reflejo de lo que sucedía en el país, y Darcante no podía atacar abiertamente a un régimen que pagaba sus cuotas y representaba en la UNESCO a uno de sus miembros.

Ahora, después del 15 de junio, el ITI es en España un ente anacrónico, cuya estructura debe ser radicalmente modificada y descentralizada. Porque es ridículo que en los muy complejos asuntos del Estado se haya llegado a un nivel de representatividad y democracia que ni tiene ni se permitió nunca que tuviera el modesto centro español del ITI. ¿Qué hacemos? También aquí hay que buscar respuestas activas. ■ J. M.

El Lebel Blanco y los temas vasconavarros

El Lebel Blanco —grupo teatral de Pamplona, con local propio y una meritoria labor— ha convocado la segunda edición del premio que lleva su nombre. La obra galardonada obtendrá 200.000 pesetas, además de re-

presentarse en el teatro Garrayre de la ciudad. El Jurado lo formarán Enrique Llovet, Adolfo Marsillach y Valentín Redín, que ya estuvieron el año anterior, más Ricardo Salvat y Jorge Díaz, que entran en lugar de Antonio Buro, Francisco Nieva y el autor de estas líneas. El plazo de presentación de originales se cerrará el próximo 1 de septiembre, y deben enviarse —por triplicado y con lema— a la secretaría del Premio El Lebel Blanco, Avenida de Bayona, 30, 11, C, Pamplona. Domicilio al que pueden dirigirse quienes deseen conocer las bases completas o necesiten cualquier información sobre el premio.

Por mi experiencia del año anterior —y uno ha sido jurado de los premios menos "controlados" a lo largo de los años difíciles— creo que el Premio de El Lebel Blanco nació con una fuerza realmente inusitada, tanto porque la dotación económica era superior a la habitual, como porque también se prometía el estreno, como porque el conjunto del Jurado sonaba a independiente. Pese al lema "encubridor" con que se presentaron las obras, no fue difícil reconocer por sus características a muchos autores que gozan de merecido prestigio. Al final, entre un texto de Jorge Díaz y una pieza sobre el carlismo, escrita ésta por alguien que vive en Pamplona, se produjo la división de opiniones, zanjada con la votación y el subsiguiente triunfo de la pieza de Díaz. La otra, la del carlismo, fue excluida, quizá por contener una serie de connotaciones que se nos escapan a quienes no vivimos en el País Vasco. Visto desde cualquier otro lugar de la Península, el carlismo es un movimiento histórico regresivo, im-